

que el sastrero pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperuzas se lleven á los presos de la cárcel, y no haya más.

Si la sentencia de la bolsa del ganadero movió á admiración á los circunstantes, ésta los provocó á risa; pero en fin, se hizo lo que mandó el gobernador, ante el cual se presentaron dos hombres ancianos: el uno traía una cañaheja por báculo, y el sin báculo dijo:

—Señor, á este buen hombre le presté días há diez escudos de oro en oro por hacerle placer y buena obra, con condición que me los volviese cuando se los pidiese: pasáronse muchos días sin pedirselos por no ponerle en mayor necesidad de volvérmelos que la que él tenía cuando yo se los presté; pero por parecerme que se descuidaba en la paga, se los he pedido una y muchas veces, y no solamente no me los vuelve, pero me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que si se los presté, ya me los ha vuelto: yo no tengo testigos ni del prestado ni de la vuelta, porque no me los ha vuelto: querría que vuesa merced le tomase juramento; y si jurare que me los ha vuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

—¿Qué decís vos á esto, buen viejo del báculo? dijo Sancho. A lo que dijo el viejo:

—Yo, señor, confieso que me los presté; y haje vuesa merced esa vara, y pues él lo deja en mi juramento, yo juraré cómo se los he vuelto y pagado real y verdaderamente.

Bajó el gobernador la vara, y en tanto el viejo del báculo dió el báculo al otro viejo que se le tuviese en tanto que juraba, como si le embarazara mucho, y luego puso la mano en la cruz de la vara, di-



ciendo que era verdad que se le habían prestado aquellos diez escudos que se le pedían; pero que él se los había vuelto de su mano á la suya, y que por no caer en ello se los volvía á pedir por momentos.

Viendo lo cual el gran gobernador preguntó al acreedor qué respondía á lo que decía su contrario, y dijo que sin duda alguna su deudor debía de decir verdad, porque le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que á él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo se los había vuelto, y que desde allí en adelante jamás le pediría nada.

Tornó á tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza se salió del juzgado. Visto lo cual por Sancho, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del demandante, inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo un pequeño espacio, y luego alzó la cabeza, y mandó que le llamasen al viejo del báculo, que ya se había ido. Trujéronsele, y en viéndole Sancho, le dijo:

—Dadme, buen hombre, ese báculo, que le he menester.

—De muy buena gana, respondió el viejo: hèle aquí, señor, y púsosele en la mano: tomóle Sancho, y dándosele al otro viejo, le dijo:

—Andad con Dios, que ya vais pagado.

—¿Yo, señor? respondió el viejo, ¿pues vale esa cañaheja diez escudos de oro?

—Sí, dijo el gobernador, ó si no soy el más porro del mundo; y ahora se verá si tengo yo calette para gobernar todo un reino, y mandó que allí delante de todos se rompiese y abriese la caña.

—Hízose así, y en el corazón della hallaron diez escudos en oro.

Quedaron todos admirados, y tuvieron á su gobernador por un nuevo Salomón. Preguntáronle de dónde había colegido que en aquella cañaheja estaban aquellos diez escudos, y respondió, que de haberle visto dar el viejo que juraba á su contrario aquel báculo en tanto que hacía el juramento, y jurar que se los había dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar le tornó á pedir el báculo, le vino á la imaginación que dentro dél estaba la paga de lo que pedía: de donde se podía colegir que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juicios; y más que él había oído contar otro caso como aquél al cura de su lugar, y que él tenía tan gran memoria, que á no olvidársele todo aquello de que quería acordarse, no hubiera tal memoria en toda la insula.

Finalmente, el un viejo corrido y el otro pagado se fueron y los presentes quedaron admirados, y el que escribía las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acababa de determinarse si le tendría y pondría por tonto ó por discreto.

Luego acabado este pleito entró en el juzgado una mujer asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la cual venía dando grandes voces, diciendo:

—Justicia, señor gobernador, justicia, y si no la hallo en la tierra la iré á buscar al cielo. Señor gobernador de mi ánima, este mal hombre me ha cogido en la mitad dese campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo como si fuera trapo mal lavado, y ¡desdichada de mí! me ha llevado lo que yo tenía guardado más de veintitrés años há, defendiéndolo de moros y cristianos, de naturales y extranjeros, y yo

siempre dura como un alcornoque, conservándome entera como la salamanquesa en el fuego, ó como la lana entre las zarzas, para que este buen hombre llegase ahora con sus manos limpias á manosearme.

—Aún eso está por averiguar si tiene limpias ó no las manos este galán, dijo Sancho, y volviéndose al hombre le dijo qué decía y respondía á la querrela de aquella mujer. El cual todo turbado respondió:

—Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salía desde lugar de vender (con perdón sea dicho) cuatro puercos, que me llevaron de alcabalas y socallinas poco menos de lo que ellos valían: volvíame á mi aldea, topé en el camino á esta buena dueña, y el diablo, que todo lo añasa y todo lo cuece, hizo que yogásemos juntos: paguele lo suficiente, y ella mal contenta asió de mí, y no me ha dejado hasta traerme á este puesto: dice que la forcé, y miente para el juramento que hago ó pienso hacer; y esta es toda la verdad sin faltar meaja.

Entonces el gobernador le preguntó si traía consigo algún dinero en plata: él dijo que hasta veinte ducados tenía en el seno en una bolsa de cuero. Mandó que la sacase, y se la entregase así como estaba á la querellante; él lo hizo temblando; tomola la mujer, y haciendo mil zalemas á todos, y rogando á Dios por la vida y salud del señor gobernador, que así miraba por las huérfanas menesterosas y doncellas, con esto se salió del juzgado llevando la bolsa asida con entrambas manos: aunque primero miró si era de plata la moneda que llevaba dentro.

Apenas salió, cuando Sancho dijo al ganadero, que ya se le saltaban las lágrimas, y los ojos y el corazón se iban tras de su bolsa.



El gobernador Sancho Panza administrando justicia.